

**XX Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid
Año 2023**

Primer Premio: *Genealogía*

Pseudónimo: *Ítaca*

Autor: *Clara Ruiz López, Murcia*

Atravesaban la puerta encorvados, con el peso del cansancio auestas. Y nosotras observábamos por la ventana, en silencio, cómo la oscuridad engullía la silueta de sus cuerpos apocados. Minutos después de su partida, nuestros ojos seguían adheridos a la forma imprecisa de una roca o un árbol lejanos. Sumidas en la quietud de la noche, susurrábamos: *va a estar bien. Seguro que estará bien*. Todos los días comenzaban así: con la partida de nuestros maridos a la mina y un leve temblor agarrado a las manos y el pecho.

Nuestros maridos salían de casa abrazados a las sombras de la madrugada; nosotras salíamos cuando el cielo adoptaba el color de los melocotones maduros. Salíamos después de barrer, fregar, preparar el desayuno de los niños y echar el grano a las gallinas. Las familias de los trabajadores de la mina vivíamos en la montaña. El pueblo quedaba al norte, pero nuestras miradas siempre apuntaban al este; donde la boca hambrienta de la mina ocultaba los secretos de la tierra. En el pueblo nos abastecíamos de verduras y medicinas; visitábamos a familiares y antiguos vecinos; compartíamos noticias frescas. A veces alguna de nosotras aparecía en la plaza Mayor con los párpados arrasados por el llanto y el pelo revuelto. Relegábamos los quehaceres pendientes para amparar a la desdichada. Recogíamos su dolor y lo hacíamos propio. La mina nos alimentaba y calentaba nuestros hogares, pero también nos convertía en viudas y dejaba a nuestros hijos huérfanos.

Para cuando nuestros maridos regresaban a casa, nosotras acabábamos de apagar los fogones de la cocina. Con su llegada, el olor a mineral añejo invadía las habitaciones. Nuestros maridos eran bajos, altos, corpulentos y espigados. Nuestros maridos estaban cansados, pero sonreían al besarnos los labios. Tras haber devorado un plato de comida humeante, cantaban canciones gestadas en las entrañas de la mina. Y nuestros hijos escuchaban, con circunspección, cada verso con la vista puesta en el futuro.

Nuestros hijos crecieron acumulando sueños impronunciados. La vejez arrastró pronto a sus padres y ellos corrieron a las ciudades en busca de un destino alternativo. Volvieron al tiempo. Para entonces la mina no era más que un laberinto alimentado por las historias del pasado. Volvieron acompañados de niños que nos recordaban a ellos. Aquellos niños, tiernos y curiosos, se sentaron cada noche a nuestro lado. Y entonces fueron ellos y no nosotras los que mirando por la ventana susurraron. Susurraron: *Abuela cántame otra vez la canción. La canción que cantaba el abuelo cuando trabajaba en la mina*.